

católicos repudian la herencia supersticiosa de lo pasado, tienen que renunciar al propio tiempo á su orgullosa pretension de inmutabilidad y admitir el dogma del progreso en la esfera religiosa; mas entónces, hasta el cristianismo deja de ser una religion revelada para convertirse en una religion progresiva.

## § II.—Dios y el diablo.

### N.º 1.—Dios y los ángeles.

La teología cristiana se funda en la noción de la Trinidad; la Trinidad es un misterio, y, sin embargo, se ha tratado de explicarlo, y se ha descubierto en él un sentido filosófico. Ya hemos dicho en otra parte (1) que lo que domina en la Trinidad cristiana es la divinidad del Cristo; se ha admitido el Verbo, porque el Verbo se ha hecho carne, ó, para hablar un lenguaje más inteligible, porque en el estado del mundo en que debía cumplir su misión el cristianismo se necesitaba un dios que hubiera vivido en medio de los hombres casi como los dioses del paganismo, fué por lo que se inventó el misterio de la Trinidad, á fin de velar una concepción en que parecía reproducirse la idolatría pagana. Pero la realidad prevaleció sobre el misterio: Jesucristo quedó como el único Dios de los cristianos, y las otras dos personas de la Trinidad no entraron en la conciencia general.

¿Qué idea se formó la Edad Media de su Dios-Hombre? La feudalidad era esencialmente guerra; necesitaba un Dios guerrero, y Jesucristo se transformó en barón, en señor feudal. Los torneos y la guerra constituían la principal ocupación de la nobleza; y representándose como su ideal á Jesucristo, le hacen montar á caballo para combatir al Antecristo. Un monje de la abadía de *San German-des-Prés* cantó las hazañas de este célebre torneo (2): la Virgen presencia el combate vestida de un manto brillante como el sol y teniendo sus pies puestos sobre la luna; el ejército del Antecristo se compone de los dioses del paganismo, Júpiter, Saturno, Apolo el Hazañoso, Mercurio. El resultado de la lucha no podía ser dudoso; Jesucristo triunfa.

Los hombres trasportan siempre á su concepción de las cosas divinas el ideal de la existen-

(1) *Estudios sobre el Cristianismo.*  
(2) HUON DE MERI, *le Tournoiement du Christ (Histoire littéraire de la France, t. XVIII, p. 800-805).*

cia terrena. Nada más interesante en este respecto que el poema de *la Cour de Paradis*: queriendo Dios conocer, dice el trovista, los bienaventurados que más le amaban, ideó celebrar plena corte el día de Todos los Santos; llamó al efecto á los apóstoles Simón y Júdas y les mandó que fueran por las habitaciones y dormitorios del cielo invitando á los santos y á las santas á concurrir á su presencia. Pusiéronse en marcha los apóstoles provistos de una *matraca* ó campanilla; entran primero en la morada de los ángeles; y después de haberles congregado al toque de la *matraca*, les comunica Simón las órdenes que llevaba. Gabriel le da las gracias en nombre de la compañía, y dice que los ángeles obedecerán gozosos. Pasa de allí Simón á la mansión de los patriarcas, los cuales, reconociéndole de lejos, dicen entre sí: “Yo creo que viene allí San Simón; veamos lo que quiere de nosotros,” y aceptan con placer su invitación. Los apóstoles, los mártires y los inocentes prometen igualmente á la corte de Jesucristo. No ménos bien acogido es San Simón por las doncellas, quienes, así como las viudas, responden diligentes al deseo de Jesucristo, y todas dicen, sin ficción, “que tienen ansia de ir á la fiesta.” Para abreviar, no hubo santos ni santas que no se tuvieran por dichosos con el placer que les aguardaba. Todos llegan en el día prefijado: primero los ángeles, que cantan el *Te Deum*, después los patriarcas; abraza Dios á Moisés, á Abraham y al profeta San Juan, y todos entonan una canción cuyo *retornelo* es: “Yo vivo de amor con buena esperanza.” Los apóstoles, los mártires y los confesores, al pasar delante de Jesucristo, entonan igualmente canciones de amor. Las doncellas y las viudas no son las ménos contentas de la banda; Jesús les dispensa magnífica acogida y las exhorta á estar alegres y á divertirse bien. Entónces comienza la fiesta. Jesucristo ruega á su Madre que haga los honores: “Con mucho gusto, hermoso hijo,” responde María; toma de la mano á Magdalena, y dan las dos una vuelta por la sala, invitando á todos á la danza. Al punto ángeles, doncellas, viudas, patriarcas, mártires, inocentes, se confunden y comienzan una danza general; los ángeles difunden vapores, incienso, y los cuatro Evangelistas tocan la *trompeta*. La alegría universal se apodera de Jesús, que va á coger á su Madre para confundirse con los demás; María y su Hijo bailan cantando: “Abrazaos con amor, abrazaos.”

El poeta asegura que jamás hubo más bella fiesta (1).

Tal era la concepción popular de Dios en la Edad Media; la noción de la Trinidad se había oscurecido enteramente; el Padre y el Espíritu Santo no figuran en la *corte celestial*: la religion consistía en un politeísmo revestido de formas cristianas; los ángeles, la Virgen y los santos ocuparon el puesto de las divinidades paganas; Jesucristo ejercía la función de Dios Supremo; se veneraba su majestad, pero apenas se le invocaba. Y no era esto una superstición popular, sino una concepción teológica fundada en la Sagrada Escritura; Jesucristo dice que si lo pidiera á su Padre, le enviaría al punto más de doce legiones de ángeles (2). Y estos millares de ángeles debían tener una misión: la teología se la deparó, sin sospechar que restablecía el paganismo.

*Alejandro de Hales* se pregunta por qué ha creado Dios tantos ángeles, y responde: “Por una razón de conveniencia. Dios habría podido servirse sólo de un pequeño número de ministros, pero convenía que tuviera un gran número. ¿No están rodeados los reyes de la tierra de una multitud de cortesanos? Con mayor razón el Rey de los cielos debe tener muchos, porque gobierna el universo.” (3). Hé aquí, pues, los dioses inferiores del paganismo: ellos son, dice *Hugo de San Víctor*, quienes rigen el mundo (4). Nuestros teólogos, sin embargo, se hacen una objeción bien embarazosa. ¿No podría Dios gobernar directamente? ¿Por qué necesita intermediarios? La respuesta que da uno de los grandes doctores de la Edad Media prueba cuán politeístas eran los sentimientos, á pesar de la aparente metafísica de las ideas: “Dios, dice *San Buenaventura*, está siempre presente, mas no lo ven los hombres, á causa de la ceguedad de su inteligencia; relegados en este destierro, lejos de la presencia de Dios, no pueden tener acceso cerca de Él. Los ángeles ven á Dios faz á faz por la claridad de su luz y la perfección de su beatitud. Es-

(1) BARBAZAN, *Fabliaux*, t. III, p. 128-148.—*Histoire littéraire de la France*, t. XVIII, p. 792-800.—LEGRAND D'AUSSY, *Fabliaux et Contes*, t. V, p. 65-78.

(2) MATEO, XXVI, 53.  
(3) AL DE HALES, *Summa theologica*, quæst. XX, membr. 6, art. 3 (t. II, p. 77). ALAIN DE LILLE responde tan explícitamente: “Non enim tantis administrationibus unus posset sufficere, et tantum auctorem opportunum erat copiam ministrorum habere.” (*De Arte Catholica*, II, 7, en PEZ, *Thesaurus*, t. I, 2, p. 488.)

(4) HUGO DE SANCTO VICTORE, lib. I, P. V, c. XXXIV.—Comp. SANCT. THOMAS, *Summa theol.*, P. I, quæst. 110, art. 1.

tán siempre en presencia de Dios, como los ministros en el gabinete de los reyes, y ruegan por los hombres y les transmiten las órdenes de Dios. ¿Se objetará que, pudiéndolo Dios hacer todo por sí mismo, es inútil el ministerio de los ángeles? Los príncipes podrían también hacer muchas cosas por sí mismos, y, sin embargo, las hacen hacer á un emisario, á un servidor. Dios obra del mismo modo, á fin de mantener un orden conveniente en las funciones.” (1). Sigamos por un instante á los ángeles en el gobierno de la tierra y de las cosas humanas, y encontraremos á cada paso supersticiones paganas bajo nombres cristianos.

Los paganos adoraban también un Dios supremo, pero creían que Dios había delegado el gobierno de cada nación en una divinidad inferior que estuviese en armonía con el genio particular de las diversas razas; otro tanto dice del ministerio de los ángeles uno de los más afamados teólogos de la Edad Media, *Guillermo de Auvergne* (2): “Preciso es creer *sin duda ni vacilación alguna, según el testimonio de los profetas y de los santos, que cada nación tiene su ángel que la gobierna*. Los Judíos tenían por protector al arcángel Miguel; y después que crucificaron al Hijo de Dios, pasó á ser el arcángel príncipe de los cristianos.” (3). Pero ¿cómo podrá un solo ángel gobernar un vasto reino como el imperio de los Persas? pregunta el *obispo de París*; ¿puede acaso estar en todas partes en el momento en que sea necesaria su presencia? “Es probable, responde *Guillermo de Auvergne*, que el emperador universal dé á los ángeles puestos á la cabeza de los diversos reinos una multitud de ángeles subordinados, por cuyo ministerio despache la mayor parte de los negocios.” (4). Hé aquí las divinidades locales de los paganos, y no falta, para completar el paganismo, más que los genios individuales: los ángeles custodios los sustituyen. *Alberto Magno* nos dice por qué ha dado Dios un ángel á cada hombre: “Es á causa de los peligros incesantes que le rodean en nuestro viaje terrestre, peligros de que no podríamos preservarnos sin el au-

(1) SANCT. BONAVENTURA, *Sermo de Sanctis* (Op., t. III, página 285); in *Lib. Sententiar.* (Op., t. IV, P. II, p. 130).

(2) GUILLERMO DE AUVERGNE ocupa un puesto distinguido entre los escolásticos. DE GERANDO (*Histoire de la philosophie*, tomo IV, p. 469) dice que en sus opiniones teológicas permaneció siempre fiel á las tradiciones de la Iglesia.

(3) *De Universo*, en sus Obras, t. I, p. 1087.

(4) *De Universo* (Op., t. I, p. 939).



xilio de los ángeles,, (1). *Guillermo de Auvergne* va á explicarnos qué peligros son estos: "Los ángeles custodios nos defienden de todo lo que pudiera dañarnos; ante todo nos defienden contra los espíritus malignos, que apartan de nosotros, los expulsan, y á veces los encadenan, como atestiguan innumerables milagros; nos protegen, además, contra los hombres que nos hacen mal; nos guardan de las bestias feroces, y nos ponen al abrigo del furor de los elementos; y llevan, por fin, ante Dios nuestras oraciones. ¿Significa esto que se limiten á repetir lo que nosotros decimos? Sería ridículo, porque Dios no tiene necesidad de ellos para oír nuestras palabras. Los ángeles añaden, pues, algo de su cuenta; y nuestras oraciones, presentadas por ellos, son mejor escuchadas, al modo que los príncipes atienden más benévolamente una petición cuando se les dirige por medio de un favorito. *Por amor á ellos nos otorga Dios lo que deseamos*, y POR CONSIDERACION Á ELLOS NOS DISPENSA LO QUE NOSOTROS MISMOS NO MERECEMOS,, (2). Y no se crea que esta doctrina supersticiosa se debe á alucinaciones del santo obispo de París; que no da un paso ni dice una palabra *Guillermo de Auvergne* sin apoyarse en la Sagrada Escritura y en el testimonio de los profetas, á quienes, dice, ha revelado Dios la verdad. Así pues, el politeísmo cristiano está autorizado por la revelación.

Respóndese á esto que los católicos no adoran más que un solo Dios, mientras que los paganos tributaban á las divinidades inferiores el mismo culto que á su Dios supremo. No pretendemos reproducir las acusaciones de los protestantes y colocar el catolicismo al nivel del paganismo; sostenemos sólo que hay en el cristianismo un elemento supersticioso cuyo germen se desarrolló bajo la influencia de la ignorancia y de la barbarie y produjo supersticiones que apenas diferían de las de los paganos. De este género es la creencia de los ángeles. Todo cristiano debe creer en la existencia de estos seres superiores y ver en ellos los ministros de Dios; es la Sagrada Escritura, es la revelación quien abre la puerta al error. Fácilmente se trasforman las ministros en señores, y se prefiere apelar á aquellos de quienes se espera una favorable acogida. ¿Cómo extrañar que los hombres se dirigieran

(1) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theologiae*, Pars II, quest. 38, membr. 1 (Op., t. XVIII, p. 214).

(2) *De Universo* (t. I, p. 1006 y siguientes).

á los ángeles más bien que á Dios, cuando los teólogos enseñaban que Dios otorgaba á la intercesión de los ángeles lo que negaba á las oraciones de los hombres? Los mismos santos se dejaron llevar de esta concepción idolátrica; se conserva una oración de *San Anselmo*, en la cual el ilustre doctor invoca directamente á la Virgen y á los ángeles, mientras pide sólo el apoyo de los santos para con Dios (1). Si un *San Anselmo* llegaba á la idolatría, ¿qué debía ser el culto para el comun de los fieles?

## N.º 2.—*Satanas y los demonios.*

### 1.—*Satanas, príncipe del mundo.*

Pudiera sostenerse que hay progreso aún en el camino tenebroso de las supersticiones; creemos sinceramente que las fábulas cristianas son, en su conjunto, más espirituales y más bienhechoras que la idolatría pagana; mas no nos atreveríamos á afirmar que hay progreso en todo, pues sería hacer una injuria al genio poético de Grecia comparar sus espléndidas ficciones con la sombría demonología del cristianismo, y hay que retroceder hasta el Oriente para encontrar el tipo de esta horrible creación. Siempre ha preocupado á los hombres el espectáculo del mal; pero hay razas que lo aceptan sin tratar de penetrar en su causa; tales fueron los Griegos, para quienes la fatalidad era una explicación satisfactoria del problema. No sucede lo mismo con las religiones que quieren penetrar el origen del mal; no pudiendo atribuirlo á Dios y no comprendiendo cómo pudiera ser su principio el hombre, crean un sér á quien imputan todo el mal que se produce en el mundo. De aquí el maniqueísmo; la Iglesia lo condenó, mas conservó el dogma de los ángeles caídos, y con ello un germen fecundo de espantosos errores.

Todo cristiano debe creer en la realidad de estos seres maléficis que, después de haber sido el terror de nuestros padres, no asustan ya más que á los niños ó á los hombres que, por su desarrollo intelectual, están al nivel de la infancia. "Sería tomarse un trabajo inútil, dice *Bossuet*, querer probar con el testimonio de la Sagrada Escritura que los demonios existen; es una verdad reconocida y

(1) S. ANSELMI *Orat.* 36 (Op., p. 270). Dirigiéndose á los ángeles, les ruega que le defiendan contra el demonio: "Sancte Michaël, defende me ab hoste maligno in hora mortis meae, etc." La petición es directa. Al invocar á los santos, pide sólo su intercesión: "Pescite mihi a Deo indulgentiam, etc."

que todas las páginas del Nuevo Testamento acreditan,, (1). La conciencia moderna rechaza esta horrible creencia: ¿cómo admitir que sea revelada una religión, cuando enseña errores á que bien pronto negarán su fe hasta los niños? Háse tratado de dar una interpretación alegórica á los pasajes de la Escritura que conciernen á los demonios. El autor del *Mundo Encantado* (2) sostiene que, al hablar de la acción maléfica de los demonios, se acomodó Jesucristo al lenguaje popular, sin hacer de esa influencia un artículo de fe. La obra de *Bekker*, publicada al fin del siglo XVII, tuvo un éxito inmenso: la luz de la civilización comenzaba á disipar las tinieblas del reino de *Satanas*; pero los demonios encontraron innumerables defensores, y fuerza es decirlo, la ortodoxia estaba de su parte (3), y con razón combatían explicaciones alegóricas que no servían sino para hacer patentes los embarazos del cristianismo y para comprometer la fe. Á despecho del buen sentido tiene que mantener la doctrina cristiana la creencia en los demonios ó abdicar su pretensión de ser la verdad absoluta: si *Satanas* es un sér imaginario, Jesucristo no puede ser Hijo de Dios.

Ya hemos dicho que en la Edad Media compartía el diablo con Jesucristo el imperio de las almas; y esto es literalmente verdad, y no es una superstición popular, sino creencia de que participan los más elevados espíritus. *Satanas*, dice *San Gregorio*, fué señor absoluto del mundo hasta la venida del Cristo (4); él fué quien tentó al primer hombre; "y dominado el monarca del mundo por este soberbio vencedor, todo el mundo quedó sometido á sus leyes; abolió el conocimiento de Dios, y se hizo adorar en su lugar por toda la extensión de la tierra, según lo que dijo el profeta: *Los demonios son los dioses de las naciones*. Por esto le llama *príncipe de este mundo* (5) el Hijo de Dios, y *gobernador de las tinieblas* el apóstol, y, con expresión más enérgica, otras veces le apellida *el dios del siglo*, (6). No le despojó Jesucristo de su soberanía, la compartió con él; uno de los teólogos más

(1) BOSSUET, *Sermon sur les démons* (Œuvres, t. V, p. 445).

(2) BALTHASAR BEKKER. La obra apareció en 1690.

(3) MEINERS, *Vergleichung der Sitten*, t. III, p. 451-454.

(4) GREGORIUS MAGNUS, *Moral.*, I, 2, 22: "Omnes post se gentium nationes traxit."

(5) *Salmos*, XCV.

(6) SAN PABLO, *Efes.*, VI, 12; II *Corint.*, IV, 4.—BOSSUET, *Sermon sur les démons* (t. V, p. 450-452).

eminentes del siglo XII nos dirá de qué manera se hizo esta singular partición:

"Cuando Jesucristo, dice *Hugo de San Victor* (1), tomó la forma de esclavo para rescatar á los hombres, encontró al diablo señor de todas las naciones. El mundo era todo de Dios, bajo una relación, porque Él lo ha creado; y bajo otra, era del diablo, que lo poseía desde el principio. De aquí un debate entre Dios y el diablo; Dios pide que el diablo le restituya lo que le pertenece; el diablo invoca la prescripción; Dios replica que el diablo ha robado por fraude el bien ajeno, y que lo retiene por la violencia; el diablo responde que Dios lo ha dejado hacer, sin haber reclamado jamás lo que le ha sido usurpado; Dios parece que reconoce la fuerza jurídica de estos argumentos, y se reduce á apelar á su omnipotencia; pero el diablo, como hábil legista, insinúa que daría Dios un mal ejemplo si usara del derecho del más fuerte. La discusión continúa todavía por algún tiempo; y viéndose más débil el diablo, propone una transacción: que se tenga en cuenta, dice, su antigua dominación, para dejarle una parte de ella, si no á título de derecho, á lo menos por tolerancia. Dios lo consiente, y le dice que le dará una parte tal que satisfaría el hambre de un avaro. Sobre esta base, Dios se reserva las mejores tierras, las praderas, los fértiles valles, poco en cantidad, pero mucho en valor, y deja al diablo las montañas, las tierras áridas y los desiertos, diciéndole: "Para que no acuses la violencia del juez ni la avaricia del donador, *te doy todo lo que ves*., El diablo, que no ve el lote de Dios, queda por extremo contento con el suyo, y Dios se mofa de su ceguera.,

Aunque el diablo haya sido engañado, puede decirse con verdad que la mayor parte del mundo le pertenece; Jesucristo no lo ha destronado, y le ha dejado la soberanía de la mayoría inmensa de los hombres. El diablo, en efecto, es el jefe de los malvados: "Es su jefe, dice *Alejandro de Hales*, porque es el primero y el más grande de los malvados, y además porque penetra en cierto modo con sus sugerencias en el cuerpo de los malvados como si fuesen sus miembros,, (2). No vacila tampoco *Alberto Magno* en dar á *Satanas* el nombre

(1) HUGON A SANCTO VICTORE, *Annotat. in Psalmos*, c. XII.

(2) "Quia quodammodo per suggestionem in malos, sicut in sua propria membra fluit" (*Summa theologiae*, Pars II, quest. 98, membr. 8, art. 1).